

La vida admirable de Nicolás Osorio

Por José María Montoya

Hace cien años que nació el doctor Nicolás Osorio en esta ciudad de Bogotá, y sus discípulos quieren hacer resaltar las grandes virtudes y los grandes hechos que adornaron su vida, como un tributo a su memoria, y como un deber para con los jóvenes que hoy principian a desarrollarse en la vida, para que éstos vean cómo, en un medio como era el colombiano en esa época, se esforzaban sus hombres para hacer de este país, tan pobre entonces, una patria amable y libre, en donde con el trabajo honrado, y con la diligencia que da el conocimiento de las obligaciones y deberes que cada cual debe cumplir para con sus semejantes, se hiciera una patria grande y querida para quienes tuvieran la dicha de nacer en ella.

Muy bella es la idea de rememorar la vida de los grandes hombres que, con sus obras y trabajos, ayudaron a fundar la república noble y libre que hoy contemplamos, porque últimamente, por razones poco comprensibles, se nota un olvido completo de los que nos precedieron en la vida, y no se piensa en los que se fueron de esta lucha, en esos titanes que tuvieron la mirada siempre puesta en el más allá, y vivieron para implantar sus ideas y sus ideales.

Desde los tiempos de la colonia, los hombres pensantes habían tratado de fundar una escuela de Medicina, y mal que bien se formaban facultativos, ya que en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y en los consultorios o casas particulares de los médicos se educaban aquellos que debían hacerse cargo de curar o aliviar a la humanidad doliente; así principió Osorio, pero no contento con ese aprendizaje, emprendió viaje a Europa, en donde permaneció varios años y vino con el diploma de la facultad de París y con el deseo de hacer algo para encauzar en forma seria los estudios de medicina en el país. Tuvo la suerte de llegar a tiempo con Rocha Castilla, con quien dejó muy bien plantada la calidad de nuestros jóvenes en Europa. Es-

to no es lisonja; hemos visto cartas de Volpeau, Pean y Gosselin, con quienes sostuvo Osorio relaciones intensas de correspondencia hasta la muerte de esos insignes maestros, y en ellas se ve el alto valor científico de nuestro compatriota. Otro tanto se puede decir de Rocha Castilla, quien al lado de Sapey había descollado, sobre todo en anatomía.

Estos dos jóvenes encontraron el campo listo para poder desarrollar las ideas que traían de Europa, y pronto pudieron, ayudados eficazmente por Plata Azuero y Vargas Reyes, darle vida a la Facultad Nacional de Medicina y ambos entraron a formar parte del profesorado: Rocha Castilla en la cátedra de anatomía y Osorio en la de clínica interna.

Aquí, podemos decir, principió Osorio su carrera, que fue de lo más lucida en cuanto se relaciona con el ejercicio profesional y docente. Pero al lado de sus triunfos profesionales no descuidó por un momento otros asuntos relacionados con el adelantado del país, y así lo vemos organizando un cafetal. Más tarde preocupado con el desarrollo de esta industria, que le ha dado al país enormes ventajas financieras, escribe y publica un tratado sobre el desarrollo de la siembra y cultivo del precioso grano.

También, preocupado por la triste suerte de los desgraciados sin fortuna, y de los enfermos, hace parte de los individuos que en buena hora fundaron la benemérita Sociedad de San Vicente de Paúl, y en esa bella e importante asociación, que tantos beneficios le ha prestado a la sociedad, lo vimos siempre auxiliando con el más exquisito celo a los pobres de solemnidad que acudían a los consultorios en busca de alivio para sus dolencias.

Su actividad lo lleva a fundar, en asocio de otros compañeros amantes como él del país, la Academia Nacional de Medicina y poco tiempo después con otros médicos funda la *Revista Médica*, periódico en el cual trabajó incansablemente. Es muy raro el número de esta importante publicación que no traiga el relato del caso interesante, de la observación precisa o el estudio de las diferentes enfermedades que diezman a los habitantes de estos países tropicales. En sus páginas Osorio puso todo su entusiasmo, todos sus conocimientos para difundir entre el cuerpo médico colombiano lo mucho que había visto y aprendido en el exterior. Era un magnífico clínico y un observador consumado, y gracias a estos atributos, cúpole en suerte descubrir una rara enfermedad del cabello, a la cual le dio el nombre de Pidra, y hoy, todos los tratados de enfermedades

de la piel, reconocen a Osorio como el primero que observó y le dio el nombre a esta enfermedad.

Cerca de treinta años estuvo prestándole a la Facultad sus servicios como maestro en distintas asignaturas; entre otras, ocupó las cátedras de Medicina Legal, Anatomía Patológica, Patología Externa; pero en la que sobresalía era en la de Clínica Interna. Todavía existen varios de sus discípulos que pueden atestiguar lo brillante de su exposición ante el enfermo, la minucia con que lo examinaba y lo correcto de su diagnóstico.

Ahora, fresco aún el recuerdo de la reunión en Bogotá de la décima conferencia panamericana, cabe recordar que Osorio, en asocio de García Medina, el notable higienista, fundó la junta de higiene de la cual formó parte por muchos años. En la "Revista de Higiene" también fundada por ellos, tropezamos a cada paso con el nombre de Osorio, llamando la atención hacia los peligros y pérdidas que acarrearán las enfermedades infecto-contagiosas, si se les deja campo libre para producir sus efectos maléficos en las sociedades.

Esa junta laboró incansablemente; dictó reglamentos acerca de las medidas higiénicas que debían seguirse en toda epidemia; sentó normas para impedir la propagación de las enfermedades. Entonces, poco o ningún caso se les hizo, pero aquél que tenga paciencia y curiosidad puede recorrer las páginas de esa "Revista de Higiene" y se sorprenderá de la enorme labor llevada a cabo por Osorio, García Medina, Michelsen, Gómez y demás compañeros, hoy desaparecidos; y lo que es más triste, ignorados por quienes tienen en sus manos la labor de velar por la salubridad pública de los colombianos.

Ya hablamos de su interés por el café y del libro en el cual publicó sus observaciones acerca de esta importante rama de la riqueza colombiana. Nos falta hacer mención de otra obra relacionada con el cultivo de la quina, que fue en su tiempo de grande importancia, puesto que no se había hecho sentir aún la catástrofe que sobrevino a esta industria con las plantaciones que los ingleses desarrollaron en la India, hecho que vino a darle golpe mortal a la nuestra. En esta obra Osorio dio indicaciones precisas para el cultivo de la quina, señaló las diversas variedades cultivables, cuáles eran las enfermedades que podían atacar las siembras, e indicó las enseñanzas prácticas a que debían someterse los

cultivadores de tan importante renglón de los frutos exportables del país.

Para terminar este ligerísimo esbozo de la vida de Nicolás Osorio, me permito transcribir las palabras con que se dio término a un discurso sobre el mismo tema pronunciado en 1912 en la Academia Nacional de Medicina:

“En época de crisis para la república, en que se pedían con insistencia hombres de la más acrisolada y reconocida probidad, se llamó a Osorio, poseedor de esas dotes, a que se hiciera cargo de un puesto de gran responsabilidad, y él, obedeciendo a los dictados del más puro patriotismo, aceptó ese puesto tan ajeno a sus aficiones y a sus gustos.

“Maquinaciones y odios políticos, que tenían por objeto desacreditar un régimen y acabar con una administración, envolvieron a Osorio en el turbión de difamaciones, acusaciones y venganzas políticas. Aun cuando la campaña no fue dirigida contra él propiamente, un golpe fatal de la suerte hizo que Osorio quedara envuelto en los ataques.

“Por fortuna, se hizo plena luz sobre el asunto: la justicia investigó y falló, y el nombre de Osorio vino a quedar completamente limpio de toda mancha. Pero su probidad y su rectitud pasaron por torturas indecibles, y a pesar de su inocencia, pública y oficialmente proclamada por la corte suprema de justicia, Osorio recibió en el alma una herida de que no sanó nunca. Llevó con cristiana resignación el golpe de la iniquidad. Jamás salieron de sus labios recriminaciones ni protestas, pero ese golpe inesperado debilitó sus fuerzas y agotó sus energías.

“Todos vosotros recordáis aquella figura atrayente. Pasó por la vida cumpliendo estrictamente con sus deberes. Amó a sus semejantes como a sí mismo. Honró con sus actos públicos y privados la memoria de aquellos que le dieron el sér. Rindió culto a su Dios y a su patria. Con sus estudios y trabajos engrandeció el nombre de Colombia, y por último nos legó un ejemplo digno de imitarse”.

JOSE MARIA MONTOYA.